

Anne McCaffrey
**LOS
SUPERVIVIENTES**

La secuela de la gran novela
El planeta de los dinosaurios, donde se completa la
gran aventura de Kai, Varian y sus compañeros.



Para escapar al exterminio en manos de sus antiguos colegas, el Equipo Pesado de exploración, Kai, Varian y sus compañeros buscaron refugio en la animación suspendida del sueño criogénico. Ahora ha transcurrido el tiempo —es difícil decir cuánto, pero al menos dos generaciones—, y los supervivientes emergen de su hibernación.

Ireta, el planeta de los dinosaurios, ha cambiado mucho. El Equipo Pesado ha regresado a una barbarie primitiva. El tan necesario equipo de apoyo de vida está estropeado o ha desaparecido. Todo Ireta está alterado.

Pero la ayuda está próxima... hay una nave de rescate en camino. Sin embargo, aunque las esperanzas vuelven a renacer, no dejan de surgir nuevos problemas. ¿Cuáles son los motivos de los misteriosos Theks? ¿Por qué los inteligentes Giffs —pterodáctilos encerrados en un callejón sin salida evolutivo— actúan de una forma tan extraña? Y por encima de todo, ¿cuál puede ser la causa de la ciega hostilidad del Equipo Pesado?

Para los supervivientes se trata de algo más que de la simple supervivencia...

Dedicado afectuosamente a Jeannie Cox,
en recuerdo de mi primera cena pernesa.

1

Kai consiguió entreabrir los párpados formando una estrecha rendija y vio la roca. Cerró los ojos. No *debería* haber una roca. Especialmente una roca que hablara. Porque de ella emanaba un sonido, algo parecido a su nombre.

Parecía tener control físico tan sólo de una zona alrededor de sus ojos. Aparte esto, no podía conseguir siquiera doblar un dedo. Intentó analizar su falta de sensaciones, y finalmente se tranquilizó al darse cuenta de que no sería capaz de pensar si no se hallara dentro de su cuerpo. Y consiguió abrir un poco más los ojos.

—¡Kkkkk... aaaah... iii!

Los sonidos correspondían a los de su nombre pero hacía mucho tiempo que no los oía pronunciar de aquella manera. Intentó recordar cuándo. Y fue consciente de que poseía cuello, hombros y pecho. La parálisis estaba desapareciendo. Sí, se daba cuenta de que su pecho subía y bajaba con normalidad, pero el aire que inspiraban sus pulmones parecía como rancio, y dejaba un curioso sabor en la parte posterior de su garganta.

Con el regreso de su sentido del olfato, supo que no había estado paralizado. Había estado dormido.

—¡Kkkk... aaaa... iiiii! ¡Arrr... ibbb... aaaa!

Obligó a sus párpados a abrirse por completo. La maldita roca dominaba su visión; ahora estaba inclinada peligrosamente sobre él. Mientras observaba en incrédulo silencio, la roca emitió lentamente una especie de rama que se escindió en tres tentáculos. La roca sujetó con ellos su hombro, suave pero firmemente, y empezó a agitarlo.

—¿Tor? —el tono de Kai era sorprendentemente similar en calidad al sonido que había emitido la roca. Carraspeó, intentando librarse de una pegajosa flema antes de repetir el nombre—. ¿Tor? ¿Has venido?

Tor emitió un sonido raspante que Kai interpretó como una afirmación, aunque captó un tono de censura por tener que afirmar lo obvio. Kai gruñó mientras los recuerdos regresaban a él. No había estado simplemente dormido: había estado sumido en el sueño helado. Tor había llegado en respuesta a la llamada de emergencia de Kai.

—Innn... forrr... maaa.

Kai observó mientras uno de los tentáculos de Tor depositaba sobre su pecho un pequeño objeto oblongo y gris, con la rejilla dirigida hacia su boca. Inspiró profundamente, porque su mente aún no estaba lo bastante clara. Debía encontrar las palabras para explicar su petición de ayuda, la que había hecho a los theks interrumpir su propia investigación en el planeta más exterior del sistema. Su mensaje no había sido nada ambiguo: «¡Amotinamiento! ¡Urgente! ¡Imperativa ayuda!». Pero era posible que la secuencia no hubiera sido transmitida enteramente antes de que los equipos pesados destruyeran el panel de comunicaciones.

—Deee... taaa... llaaa.

Kai notó la vibración en el suelo de permaplast de la lanzadera cuando la roca llamada Tor se acomodó a su lado.

—Tooo... dooo —añadió Tor, en el momento en que Kai abría la boca.

Cerrando bruscamente la boca, Kai deseó que Tor le hubiera concedido un poco más de tiempo para ordenar sus pensamientos. Después de todo, el tiempo era algo que estaba del lado de los theks. Pero un informe completo en términos theks significaba que sus observaciones debían ser sucintas y limitadas, y no las tensas frases que, en su actual estado de temor mental, era capaz de emitir. Al menos,

podía hablar a velocidad normal. Luego Tor ajustaría la grabación a la conveniencia de un thek.

—En la Unidad Exploradora, corrió el rumor de que el grupo había sido «plantado». El personal de equipos pesados reversionó a un bárbaro omnivorismo. Confinaron por la fuerza a todos los demás miembros en un recinto. Lanzaron enormes herbívoros aterrorizados contra ese recinto, para conseguir nuestra muerte repentina. Cuatro Discípulos logramos liberar a tiempo al grupo y encerrarnos en la lanzadera, que quedó enterrada bajo los enormes cadáveres. Efectuamos una escapatoria nocturna. Nos ocultamos en una cueva natural desconocida para los equipos pesados, a la espera de ayuda. Al cabo de siete días, el sueño helado pareció la lógica solución. Fin del informe.

—Deees... caaan... saaa.

Kai sintió un contacto como de pluma en su hombro, oyó un silbido, luego sintió la frialdad de una pistola spray, y un prurito que apenas duró un segundo. Un curioso calor se extendió por la parte superior de su brazo y se difundió a todo su cuerpo con notable rapidez. La respiración se le hizo más fácil y, experimentalmente, empezó a girar su cabeza y hombros. Le hormigueaban los dedos. Los movió con creciente facilidad.

—Deees... caaan... saaa.

Kai obedeció, pero la orden era fastidiosa. De acuerdo; tenía que admitir que Tor sabía mucho más sobre la rutina del sueño helado que él, pero sentía su cabeza muy clara. Demasiado clara, puesto que podía recordar con embarazosos detalles todo lo que los había conducido a la necesidad del sueño helado.

¿Cuánto tiempo llevaban durmiendo? Abrió la boca para inquirirlo, pero aún no tenía el valor necesario para preguntarle a un thek cuánto tiempo había transcurrido entre el envío de la señal de emergencia y la respuesta de Tor. Uno raramente le preguntaba a los theks algo que implicara la noción tiempo, puesto que la longeva forma de vida si-

lícea contaba en años siderales de su planeta de origen, lo cual generalmente significaba siglos de las especies más efímeras... como la humana.

¡Su muñeca! Tardma había gozado mucho rompiéndose-la cuando ella y Paskutti penetraron en el compartimiento del piloto. Una vez consiguieron escapar de los amotinados, Lunzie le había arreglado los huesos. Los huesos de la muñeca toman unas seis semanas en curar. Agitó experimentalmente los dedos de su mano izquierda, la hizo girar. Estaba algo envarada, pero no más que la derecha. ¿Seis semanas? ¿O más?

No importaba el tiempo transcurrido; lo satisfactorio era que los amotinados no habían encontrado la lanzadera. Sonrió al pensar en la frustración que debió haber sentido Paskutti. Debieron buscarles durante tanto tiempo como dispusieron de energía en sus cinturones elevadores. Los amotinados... Paskutti, Tardma, Tanegli, Divisti... Kai hizo una pausa antes de añadir a Berru y Bakkun al infame grupo. No podía comprender sus razones para unirse a un motín, y particularmente uno generado por el más insostenible de los pretextos.

Hizo girar con precaución su cabeza hacia la izquierda, hacia la hilera de durmientes figuras: los restos de su equipo de geólogos, y los xenobiólogos de Varian. Allí estaba el agradable perfil de Varian. Más allá de su co-comandante estaba Lunzie, la médico, y Kai apenas pudo divisar en la penumbra reinante la robusta figura de Triv. Los cuatro Discípulos habían sido los últimos en sumirse en el sueño helado.

Una serie de profundos y curiosos murmullos hicieron que Kai girase la cabeza hacia la derecha, hacia el pequeño compartimiento del piloto de la lanzadera. Kai había visto una o dos extremidades de los theks antes, pero Tor parecía tener multitudes de ellas sondeando por encima, por debajo, por detrás, por todas partes de la estructura de la lanzadera, algunas que Kai incluso no podía ver. Parpadeó

para relajar sus ojos. Cuando volvió a mirar, la mayor parte de los seudópodos de Tor habían vuelto al interior de su masa.

Aquella exhibición de movimiento rápido por parte de un miembro de una especie célebre por sus imponderables silencios, contemplaciones prolongadas a lo largo de décadas y brevedad de palabras, sorprendió a Kai.

—Daaa... ñaaa... daaa.

Con aquella única palabra, el thek consiguió hacer llegar a Kai no solamente la extensión de los daños sino también el hecho de que no podría efectuar reparaciones, un hecho que pareció irritar a la criatura. Kai se maravilló de que Portegin hubiera conseguido construir la radiobaliza que había atraído a Tor hasta la lanzadera.

—¿Ha regresado la Nave Exploradora? —preguntó Kai, tras pensarlo largamente.

Era una esperanza más bien vana el que la Nave Exploradora que había depositado a las tres unidades de exploración en tres planetas distintos estuviera de camino a recogerles.

—Nnooo —la respuesta de Tor fue neutra. Evidentemente, la no aparición de la nave no le causaba la menor preocupación.

Kai suspiró con resignación y se descubrió meditando si acaso, pese a toda su imposibilidad, Gaber no había tenido razón, y su pequeño grupo no habría sido plantado. El propio Gaber evidentemente sí lo había sido, puesto que había resultado muerto en el inicio del amotinamiento. El tercer grupo, los alados ryxis que planeaban colonizar el planeta, seguramente se hicieron preguntas ante el silencio del grupo iretano. Pero inmediatamente Kai recordó que en su último contacto con el temperamental comandante ryxi éste había montado en cólera ante la inocente revelación por su parte de que Ireta poseía una especie alada inteligente. Sin embargo, la nave colonia ryxi debía ser pilo-

tada por otra especie, probablemente humanoide. A buen seguro...

—¿Ryxis? —preguntó Kai, esperanzado.

Siguió un largo silencio mientras Tor enviaba un único tentáculo a las profundidades de la consola de control. Un silencio tan largo, que Kai pensó en la posibilidad de repetir la pregunta, suponiendo que Tor no la había oído.

—Nooo cooon... taaac... tooo.

El sentido de aquellas dos palabras era claro para Kai: a los theks no les preocupaba en lo más mínimo mantener o no el contacto con aquellos seres sentientes alados tan excitables y, según los estándares theks, irresponsables.

Kai se sintió aliviado. Ya era bastante embarazoso llamar a los theks pidiendo ayuda; tener que recurrir a los ryxis hubiera sido aún más humillante. Los ryxis gozarían en grado sumo difundiendo la noticia como una gran broma por todo el universo, a expensas de todas las especies sin alas.

Kai podía mover ahora fácilmente la cabeza y cuello, y comprobó la hilera de sus durmientes compañeros. La mano de Varian yacía donde había caído en el relajamiento del sueño. Tor había colocado una débil luz en algún lugar de la lanzadera, probablemente para tranquilidad de los humanos, puesto que los theks no necesitaban luz para ver. Kai tocó la mano de Varian, aún fría y rígida por el sueño criogénico. Aguardó, conteniendo el aliento, hasta que vio el ligero subir y bajar del diafragma en su muy reducido ritmo vital. Entonces se relajó con un suspiro.

Se volvió hacia Thor, pero captó su completa retirada: se había convertido en una gran roca lisa, aplastada en la parte inferior para adaptarse a la cubierta, sin emitir apenas nada que pudiera identificarse como una protuberancia, un grumo o un seudópodo. Aquél era el estado contemplativo de los theks, y Kai sabía que no debía ser interrumpido.

Permaneció tendido allí hasta que empezó a picarle la nariz. Contuvo un estornudo con un dedo, y se sintió estúpido. Un estornudo no podía molestar a un thek. Y mucho

menos a los durmientes. Aquel deseo de estornudar era el preludio a una creciente intranquilidad en la que Kai reconoció el resultado de los estimulantes que Tor le había inyectado. El thek no le había dicho que no podía moverse: solamente le había dicho que descansara. Seguro que ya había descansado lo suficiente.

Kai empezó a tonificar los músculos mediante la Disciplina y, aunque pronto estuvo cubierto de una fina película de sudor, no tardó en darse cuenta de que el sueño helado no le había producido ningún daño apreciable. Incluso la curada muñeca respondía perfectamente. La plastipiel que había utilizado Lunzie para sujetar la rotura había sido absorbida. Eso significaba que habían estado durmiendo al menos por cuatro o cinco meses.

Consultó su cronómetro de pulsera, pero el aparato estaba en blanco; incluso las baterías de larga vida terminan agotándose. ¿Cuánto tiempo hacía de eso?

El ejercicio produjo otros efectos, y Kai, alzándose cuidadosamente, se dirigió hacia los servicios por entre la fría bruma que llenaba la lanzadera.

Cuando volvió comprobó a cada uno de los durmientes, observando la curiosa transformación que el sueño operaba en los rostros. Bonnard, por ejemplo, a mitad de su segunda década de vida, parecía más adulto que Dimenon, que tenía dos veces la edad del muchacho. Portegin parecía aún preocupado por la efectividad de la radiobaliza que había construido. Lunzie, la pragmática doctora, estaba sonriendo (una visión rara cuando estaba despierta), y su rostro había adoptado una benevolente suavidad muy poco acorde con su temperamento. Había admitido haberse sometido antes a suspensión por el sueño: sus registros listaban su edad cronológica, pero había mostrado siempre un desapego que Kai había considerado como meditativa tolerancia, como si ya hubiera visto casi todo lo que el universo tenía que ofrecer y no quisiera perder más tiempo siendo excitada por ninguna otra cosa.

Triv, el otro miembro del equipo entrenado en la Disciplina, tenía una expresión ominosa en su sueño: una sorprendente fuerza en la boca, mandíbula y cejas que no resaltaba tanto en el hombre cuando se ocupaba tranquilamente de sus tareas normales.

Puesto que Tor seguía aún inmóvil, Kai se sentó junto a Varian, sintiendo una oleada de compañerismo hacia su durmiente ser. Era hermosa. Entonces observó que un lado de su rostro estaba como caído, el otro más o menos alzado, dejando una de sus cejas más alta que la otra, como si el sueño helado la hubiera sorprendido. De pronto sintió ardientemente el deseo de tenerla consciente, en alegre compañía. ¿Quién sabía cuánto tiempo iba a permanecer Tor en su estado de muda roca? Necesitaba alguien con quien hablar, antes de que su perspectiva se viera alterada por las reflexiones autoacusadoras en el melancólico silencio. Varian era su co-comandante: de hecho, hubiera debido ser revivida con él. Kai se dio cuenta entonces de que debía agradecerle a Tor el que lo hubiera revivido solamente a él. Si el thek hubiera revivido, por ejemplo, a Aulia, la mujer se hubiera visto presa de un ataque de histerismo simplemente por el hecho de hallarse cerca de un thek... y luego hubiera tenido convulsiones cuando se hubiera dado cuenta de que había sido sometida a suspensión criogénica sin haber sido consultada. Como geóloga, Aulia era muy buena, pero fallaba en áreas de ajuste personal.

Kai escrutó la zona débilmente iluminada en busca del equipo de reanimación, y vio entonces el polvo que silueteaba claramente el lugar donde había permanecido dormido. ¿Polvo? La lanzadera, por supuesto, no había sido sellada herméticamente —los durmientes criogenizados seguían necesitando aire—; pero para que se hubiera asentado el polvo suficiente para ser claramente apreciado...

Los sprays en la caja estaban claramente marcados según su orden de precedencia y codificados también por colores. Las calibraciones de los cilindros listaban las dosifica-

ciones según los respectivos pesos corporales. Las instrucciones del primer cilindro advirtieron a Kai que aguardara hasta que el durmiente hubiera mostrado signos definidos de haber revivido antes de inyectar los estimulantes.

Kai inoculó cuidadosamente la dosis apropiada en el brazo de Varian y aguardó, intentando recordar su propio progreso desde el sueño helado hasta la consciencia. El durmiente rostro de la mujer no reflejó ningún cambio alentador. Quizá no le hubiera administrado la dosis suficiente... Comprobó la dosificación y se preguntó si no se habría equivocado respecto a su peso corporal. Estaba dudando sobre la posibilidad de administrarle una dosis suplementaria cuando observó que aleteaban sus párpados. Sólo entonces se dio cuenta de que estaba respirando a nivel normal.

—¿Varian?

Se inclinó hacia ella, tocando su hombro y sonriendo ante el esfuerzo que hizo la mujer por despegar los párpados. Un viejo cuento acudió a su mente e, inclinándose, besó con suavidad sus fríos labios.

—¿Kaaaaiiii...?

Sus ojos se abrieron por completo y luego sus párpados volvieron a caer, pero la comisura izquierda de su boca se alzó apreciativamente.

—Sólo relájate, Varian. Dentro de poco estarás completamente bien.

—¿Cómo...? —La palabra tembló en sus labios como a punto de ser aspirada por un suspiro.

—Vino Tor. No me hagas más preguntas, querida. Da al revividor la posibilidad de explicarse por sí mismo. Estoy aquí. ¡No ha cambiado nada!

—¡Uuughh! —El gruñido brotó de lo más profundo de sus entrañas, e hizo reír a Kai ante el disgusto que vibraba en su protesta.

—Bueno, un thek se ha preocupado y se ha movido en beneficio nuestro. Ha recibido un informe completo. Lo

grabé —se apresuró a añadir, al ver la sorpresa de Varian—. Aparentemente ahora está meditando mis palabras... —Kai hizo un gesto hacia la silenciosa roca—. No te muevas todavía —advirtió a Varian cuando vio los tendones de su cuello tensarse tras la larga inmovilidad—. Supongo que ya puedo administrarte los estimulantes, pero no hagas ningún movimiento. Ah, y tu hombro está curado —añadió, mientras le administraba la segunda tanda de inyecciones.

Paskutti había destrozado el hombro izquierdo de Varian justo antes de que Tardma le rompiese a él la muñeca. Las cejas de Varian, completamente funcionales, registraron una complacida sorpresa, seguida inmediatamente por un fruncimiento de pensativa preocupación.

—No, no tengo ningún indicio de cuánto tiempo hemos dormido, Varian. Paskutti estropeó el cronómetro de la lanzadera. Está justo encima de la unidad de comunicaciones, recuérdalo.

Varian hizo girar frustrada sus ojos y empezó a carraspear.

—Tómatelo con calma —le advirtió Kai, apoyando una mano en su hombro—. ¿O debo revivir a Lunzie...?

Varian agitó negativamente la cabeza, pasando la lengua por todo el interior de su boca, para que los tejidos fueran humedeciéndose.

—Primero los comandantes... y después... —su voz sonó tan falta de uso como su mano, y reprimió una sonrisa.

—Si los dedos de tus manos y pies empiezan a hormiguear, prueba con los ejercicios de la Disciplina para los músculos pequeños. Ayudarán a la circulación y al tono.

Varian inspiró profundamente y cerró los ojos para concentrarse.

—No sé lo que está pensando Tor, Varian —prosiguió Kai—, pero no puede reparar la unidad de comunicaciones. No ha indicado si recibió nuestro mensaje, o se preocupó cuando no nos comunicamos con ellos según lo previsto. La ARCT-10 no ha entrado en contacto, pero Tor no parece

preocupado. No puedo decir si eso es debido a la normal indiferencia de los theks o no. —Kai se echó a reír—. Tampoco han tenido contacto con los ryxis.

La risita de Varian sonó completamente normal, y Kai se la devolvió. Los ojos de la mujer chispeaban alegres.

—En las viejas cintas de mi planeta —dijo ella, pronunciando lentamente las palabras, como si las saboreara—, la bella durmiente es despertada por el beso de un noble al cabo de un centenar de años. Es una dulce manera de despertar.

Alzó su mano y acarició la boca del hombre con la yema de sus dedos.

—Y yo daría cualquier cosa por saber si ha sido un centenar de años —respondió Kai, tomando los dedos de ella en su mano y besándolos de la forma que consideró apropiada. Seguía sujetando la mano de la mujer en la suya cuando se le ocurrió un pensamiento—: Podemos echar una rápida mirada de reconocimiento afuera. Salir de esta cueva, y dejar que los pájaros dorados nos echen una buena mirada. Si los giffs reaccionan ante nosotros, no podemos haber dormido tanto tiempo.

—Ignoro cuál es la vida media de un giff...

Kai lanzó una rápida mirada al inmóvil thek.

—Experimento un ardiente deseo de ser reconocido por algo que me recuerde —y se golpeó el pecho con un puño—, aparte de esa roca.

—Un centenar de años significa que ya no habría amotinados al acecho.

—Un punto para ti. Incluso las más cargadas de sus celdas de energía no les pueden haber durado más de dos años. También supongo que se quedaron en el campamento secundario, puesto que ya se habían instalado allí el último día de descanso...

—¿El último día de descanso? —Varian lo observó con ironía mezclada con incredulidad—. ¿Cuánto tiempo hace?

—¿Tiempo subjetivo? ¿O tiempo objetivo transcurrido? —preguntó Kai como respuesta, y sonrió para suavizar el mordiente de la cuestión.

—Buena pregunta. —Varian podía hablar más claramente ahora. Empezó a flexionar sus codos y rodillas—. Hey, mi hombro se ha soldado perfectamente... —Se levantó, murmurando para sí misma mientras sus rebeldes músculos hacían que sus esfuerzos careciesen de gracia—. Todo parece estar en perfecto orden de trabajo —añadió, mientras se encaminaba a los servicios.

Mientras ella estuvo fuera, Kai miró a Tor. Luego caminó alrededor del thek, buscando la grabadora. Irreverentemente, se preguntó si el thek estaría sentado encima de ella, se la habría ingerido o quizá creado una bolsa resistente al calor en la que poder guardar artilugios y cachivaches de frágil manufactura alienígena.

—Va a permanecer así por días —dijo Varian disgustada, cuando se reunió con Kai—. Vamos, quiero ver qué ha ocurrido fuera. Y beber algo para eliminar el polvo de mi boca... y echar algo de comida no procesada en mi pobre y arrugado estómago.

Le lanzó un guiño malicioso, sabiendo que Kai, por haber nacido en una nave, nunca notaba el regusto de la comida procesada, como invariablemente le ocurría a ella.

Abrieron el iris de la entrada de la lanzadera tan sólo lo suficiente para deslizarse a su través, con el fin de no diluir significativamente el gas del sueño helado.

La atmósfera de afuera fue como un caliente golpe en el rostro dado con un hediondo paño húmedo. Varian dejó escapar un gruñido de sorpresa, luego empezó a inhalar profundamente para ajustarse al impresionante cambio de temperatura. Al principio Kai pensó que habían emergido durante la noche del planeta, pero, a medida que sus ojos se iban acostumbrando a la penumbra reinante, se dio cuenta de que la boca de la cueva había quedado cubierta por un denso y verde follaje. Había una brecha allá donde